



Lic. Antonio Delhumeau Arrecillas

David Torres Mejía*

ANTONIO DELHUMEAU
1979-1981

Egresado de la carrera de Sociología, Antonio Delhumeau comenzó sus tareas docentes en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales en 1966 como ayudante de profesor. Maestro de tiempo completo desde 1973, fue coordinador-fundador del Centro de Estudios de la Comunicación, especialidad con la cual ha estado permanentemente relacionado.

Al lado de una intensa actividad académica, el curriculum de Delhumeau nos da razón de su interés por las labores periodísticas: de 1973 a 1976 colaboró en la plana editorial de *Excélsior*, además de escribir para otras publicaciones periódicas.

De su experiencia como funcionario universitario, quien presidiera la séptima administración de la Facultad afirmó, en su entrevista con el profesor David Torres, que la Universidad es “lo mejor que nos ha pasado y que nos podrá pasar”.

D.T. Maestro Delhumeau, usted llega a la Dirección de la Facultad después de haber sido alumno y profesor de carrera en la misma Facultad. ¿Le brindó esta experiencia una perspectiva distinta acerca de los problemas de la escuela?

A.D. Para exponer la concepción que tenía de la Facultad, debo remontarme al año de 1961 que, considero, es un parteaguas en la historia

*Profesor de la FCPS desde 1975. Actual Coordinador del Centro de Estudios Básicos en Teoría Social.

de la Facultad. En aquel entonces, un grupo de maestros, entre ellos, Víctor Flores Olea, Enrique González Pedrero, Francisco López Cámara y Enrique González Casanova, trabajaron para llevar a la práctica un proyecto de Pablo González Casanova destinado a formar profesores e investigadores entre los estudiantes más inclinados hacia los quehaceres académicos. Se creó así el “grupo de estudios dirigidos” que, entre 1961 y 1966, realizó un trabajo muy intenso, que exigía una dedicación exclusiva y exhaustiva, bajo la dirección de aquellos excelentes profesores. Desde luego, hubo problemas, al interior del grupo, derivados en su mayoría de la tensión resultante del intenso trabajo académico y de cierta emulación obsesiva. Pero, por otra parte, en los estudiantes de aquellas generaciones se desarrolló una identificación muy profunda con la Facultad.

Una de las reacciones o consecuencias de ese impulso académico fue que, en cierto modo, la formación profesional adquirió un relieve secundario respecto de la formación académica. Así, cuando los egresados de estas generaciones llegaron a posiciones de responsabilidad dentro de los Departamentos y Centros de la Facultad, dieron preferencia a la orientación académica en detrimento del proceso de enseñanza-aprendizaje de las habilidades y las destrezas profesionales.

Estos antecedentes estuvieron presentes cuando, a principios de 1979, esa generación fue consultada sobre la posibilidad de participar en las tareas directivas de la Facultad. Fue precisamente este grupo y quienes habían constituido “la nueva izquierda” de la Escuela a principios de los sesenta, quienes mostraron una mayor presencia en las consultas llevadas a cabo de enero a febrero de aquel año. El grupo reflejó sus viejos problemas, pero nuevamente quedó de manifiesto su espíritu de cuerpo con la Facultad, su adhesión hacia la institución. Quizá fue esta situación la que nos llevó a creer en una idea que hoy me parece limitada, la de que la Facultad debía ser guiada exclusivamente por miembros internos, creando una especie de enclaustramiento, algo así como un “solipsismo institucional”. En aquel entonces, sin embargo, esto era visto como una condición *sine-qua-non* para que el plantel saliera adelante de su estancamiento visible.

Lo anterior contribuyó a crear una situación muy intrincada en donde los profesores cercanos al proceso de auscultación dedicaban una gran parte de su tiempo a interpretar símbolos. Como consecuencia, algunos candidatos se retiraron de esa trama compleja, casi-laberíntica, y otros, que pensábamos que no era el momento de poner entre paréntesis nuestro proyecto intelectual, para asumir un quehacer de organización académica, nos vimos cada vez más involucrados en el proceso.

Para comprender mejor la dificultad de mantener viva una tarea

intelectual desde una posición directiva, es menester recordar que muchos políticos consideran que la política universitaria es una de las más abigarradas, heterogéneas y complejas. Y es que en otros ámbitos, los de la política nacional, las decisiones tienen consecuencias amplias que afectan a la sociedad o a grandes segmentos de ella. En la Universidad, en cambio, las cuestiones de fondo tienen que ver con la capacidad, con la búsqueda del talento, de manera que la política del poder es periférica. En una institución en la que lo esencial es la docencia, la investigación y la difusión de la cultura, las funciones del poder son acciones en el vacío y, siguiendo a los etólogos, podemos afirmar que desde estas conductas vacuas la capacidad real de convocatoria para articular los esfuerzos académicos, intelectuales y culturales de profesores y alumnos es también formal, aparente, sujeta más a ritos que abierta a posibilidades concretas y significativas de acción.

De cualquier modo, me tocó dirigir la Facultad de una manera imprevista y prematura dentro de mi proyecto de vida intelectual y académica. Los cincuenta y cinco profesores que integramos en marzo de 1979 una dirección colegiada esbozamos un proyecto que era a la vez muy realista y muy utópico. Realista, por su carga intelectual y afectiva, de experiencia y de vocación académicas; utópico porque al concebir el quehacer directivo como una tarea puramente académica e intelectual, soslayamos tanto la logística administrativa como la correlación real de las fuerzas en conflicto que se enfrentaban en los pasillos, subterráneamente. Y ambos problemas se fueron acumulando.

Presencia de la Facultad

D.T. Durante su gestión se realizaron numerosos eventos en los que participaron profesores extranjeros como Birnbaum, Petras, Blackburn, Savater, Anderson, Jay y muchos más. También se hicieron reformas importantes en las estructuras de la Facultad. Estos eran aspectos relevantes de su proyecto académico, ¿en qué consistía éste y cómo se relacionaban entre sí sus diversos elementos?

A.D. El proyecto buscaba aumentar la presencia de la Facultad en todos los ámbitos donde las ciencias sociales, incluyendo en ellas a las políticas, tienen una tarea por realizar o una promesa que cumplir. En función de esta idea heurística intensificamos las actividades académicas. Queríamos superar los cultos a la personalidad y su contraparte, la ausencia de personalidades; deseábamos que la Facultad misma fuera una guía significativa para el desarrollo social nacional, a través de la expresión abierta y pública de sus profesores, de sus egresados y

de sus alumnos avanzados. En los dos años y seis meses que duró mi gestión, desarrollamos un ambicioso programa de formación de profesores, ampliamos el número de becas, mantuvimos una vinculación estrecha con los programas centrales de la UNAM, lo que nos dio acceso a más recursos. Estos casi se triplicaron. La Facultad había dejado de ser una de las escuelas más pequeñas de la Universidad para ocupar el quinto lugar por su población escolar. Empero, sus instalaciones y su organización académica eran prácticamente las mismas. En las últimas reuniones de la dirección colegiada, ya avanzado 1981, las evaluaciones hechas permitieron contemplar el cambio logrado hacia una estructura de organización académica amplia, sólida, correspondiente al tamaño e importancia reales de la Facultad. Las comisiones y direcciones universitarias centrales aceptaron la renta de nuevos locales y aprobaron el proyecto de crear un nuevo espacio propio para la Facultad.

Bajo la coordinación de Gabriel Careaga, la extensión académica tuvo alcances inusitados. Se puso al día la Revista de la Facultad, impulsando los números monográficos y actualizando las revistas de los centros; se organizaron un promedio de 4 ó 5 actividades culturales por semana: conferencias, mesas redondas, seminarios, cursos especiales. Se logró, además, mediante coloquios, congresos y cursos temporales, que los profesores entraran de nuevo en contacto con sus colegas nacionales e internacionales.

Recuperamos también la práctica que entre 1965 y 1975 hizo que nos visitaran destacados especialistas internacionales, los cuales discutían con nosotros los nuevos métodos, las teorías, los aspectos artesanales y los procesos profesionales impulsados en sus países y en México. Se recuperó una tendencia que se había interrumpido cuando la institución se enfrascó en las tareas internas propias de la revisión del plan de estudios.

La formación común

D.T. ¿Podría mencionar algunas de las respuestas que este proyecto dio a los problemas académicos de la Facultad?

A.D. En primer lugar, el plan mencionado había creado una formación básica común donde se agrupaban la teoría, la metodología y la historia con otras materias interdisciplinarias. Varios profesores solicitaron la integración de un área teórico-metodológica para todas las disciplinas. Parecía indispensable crear un Centro correspondiente a estas áreas de la formación básica. A mediados de 1979, para estudiar esta posibilidad, organizamos un seminario del que derivaron dos cursos temporales,

donde se abordaron de modo exclusivo problemas de la teoría social contemporánea (“el conflicto de las interpretaciones” y “la genealogía del poder”). De ahí surgió el proyecto definitivo del Centro de Estudios Básicos en Teoría y Metodología Social, aprobado por el Consejo Técnico, por la dirección colegiada y por el área de estudios académico-administrativos de la UNAM. Este Centro inició sus tareas con diez profesores y otros tantos estudiantes que deberían formarse como profesores. Casi todos ellos son ya miembros activos de nuestra planta docente.

Reforzar los programas pedagógicos y de investigación

Asimismo, se buscó brindar un apoyo importante a los programas pedagógicos de la Facultad, a través de una coordinación docente, a cargo de la División del Sistema de Universidad Abierta. Se creó así un ámbito especial de discusión académica sobre los problemas de la docencia en la que participaron, bajo la coordinación de los profesores Sergio Colmenero, Francisco Salcedo y Enrique Pérez Quintana, las diversas áreas departamentales.

En los centros de estudio también se observaron avances importantes. El Centro de Estudios Políticos, bajo la coordinación del profesor Raúl Olmedo, estableció un contacto muy estrecho y fructífero con los Departamentos de Ciencia Política y de Administración Pública, lo cual quizá se facilitó por la integración gremial y profesional logradas en estas especialidades; también en Relaciones Internacionales y en Sociología se sucedían, uno tras otro, los eventos académicos y de extensión universitaria. En cambio, la articulación entre el Departamento de Ciencias de la Comunicación y el Centro de Estudios de la Comunicación, es decir, entre la cátedra y la investigación para la docencia en esta especialidad, sólo se está logrando ahora, quizá debido a que su área correspondiente en los estudios de posgrado se creó tardía y aun precipitadamente en comparación con los proyectos que dieron lugar a las otras maestrías y sus consecuentes doctorados.

Reorganización de espacios académicos

La inquietud permanente tanto del Consejo Técnico como de la dirección colegiada, por aquel entonces, consistía en actualizar la organización de los espacios académicos. Se integraron comisiones de trabajo dentro del Consejo que pusieron al día las normas relativas a los idiomas, las prácticas de campo, los concursos de oposición para ingreso y definiti-

vidad de los profesores de carrera, las opciones vocacionales, entre otros “cuellos de botella” que afectaban el desenvolvimiento académico de la Facultad. Un proceso en el que participaron la inmensa mayoría de los profesores de la Facultad, convocado por el Consejo Técnico, fue el que transformó en 1980 la comisión dictaminadora única del Personal Académico en cuatro Comisiones Dictaminadoras del Personal Académico, de Sociología, Periodismo y Comunicación Colectiva, Relaciones Internacionales y Ciencia Política y Administración Pública. Sólo así pudo enfrentarse el rezago en la dictaminación de los casos que se presentaban a partir de más de un millar de integrantes de la planta docente, entre profesores de carrera y de asignatura, técnicos académicos, ayudantes de investigación y ayudantes de profesor. Simultáneamente se generó un esfuerzo para regularizar a los ayudantes de investigación como técnicos académicos, mejorando y estabilizando su situación laboral. Asimismo, se mejoró el nivel escalafonario de los trabajadores administrativos. En ambos procesos, contamos con el apoyo decisivo tanto del Colegio de Profesores, presidido entonces por Jacobo Casillas primero y después por Enrique Suárez Iñiguez, y de los trabajadores de la Facultad integrados en la sección sindical. El diálogo abierto y público marcó el estilo de dirección y de participación de aquella etapa; de ahí se desprendieron muchos de sus logros y quizá también algunas de sus dificultades.

La dirección colegiada deseaba reglamentar la participación de los profesores en espacios académicos que se mantuviesen como garantía de la articulación entre una docencia de alto nivel académico, una investigación fincada en la libertad, la responsabilidad y la profundidad del propio plan de estudios y una extensión académica crítica, activa, que ampliase el alcance de la presencia nacional e internacional de la Facultad. El maestro Juan Brom elaboró un anteproyecto a este respecto, donde recogía muchas de las discusiones de los profesores integrantes de la dirección colegiada en Vivero Alto, pero no contamos ya con el tiempo necesario para que el Consejo Técnico pudiera considerarlo como un virtual reglamento interno de la Facultad.

Intelectuales, sin más

D.T. Usted mencionó al inicio de su rica y extensa respuesta que desde aquellas generaciones que se comenzaron a formar en 1961 se produjeron una serie de tensiones entre una formación académica, más orientada hacia el quehacer en la Universidad y una formación profesional que miraba sobre todo hacia el mercado de trabajo. Posteriormente,

recordó que en su administración intentó reforzar la presencia de la Facultad en esos dos ámbitos a la vez. ¿De qué manera enfrentó usted la tensión latente que se daba entre ellos?

A.D. En la práctica se dio una paradoja: quienes más habían enfatizado la formación de académicos de autoconsumo por y para la Universidad fueron profesores dedicados después, sobre todo, a las actividades políticas. Aun en la época en la que ya luchaban por tener acceso a ciertas posiciones del poder público o de los partidos políticos, seguían manejando la docencia y los proyectos de la Facultad con cierto purismo académico, ajeno incluso a la formación e integración, dentro de la docencia, de las destrezas y las habilidades que los alumnos han de aprender si desean ser, más adelante, profesionales competitivos dentro del mercado de trabajo de su especialidad. En cambio, quienes desde el inicio hicimos la distinción entre nuestra vocación intelectual y la carrera política, fuimos a la vez los que más nos preocupamos por la preparación profesional de los estudiantes. Quizá lo que sucedía es que no teníamos ningún sentimiento de culpa en torno a los conflictos de intereses y de vocaciones que nos llevara a sobre-actuarnos como super-académicos. Eramos y somos, simplemente, académicos, intelectuales sin más.

El hecho de que los colegios de egresados de la Facultad no nos vieran como rivales políticos fue muy útil para lograr convenios de prioridad para los egresados de nuestra Facultad en el campo de las Relaciones Internacionales, la Sociología, el periodismo y la Administración Pública. Buscamos invitar a profesores que pudieran incorporar a los estudiantes a una experiencia ya probada en cada uno de los mercados de trabajo profesional. Con este mismo propósito creamos en 1980 el Centro de Educación Continua de la DEP. A través de sus cursos, el primero de ellos fue sobre administración municipal y estatal, los egresados podrían actualizar sus conocimientos y, a la vez, reencontrarse con nuestros alumnos para buscar nuevas opciones de colaboración profesional. Sin embargo, cierto arribismo sectario-partidista, comenzó a desarrollarse en 1981 en este centro, que desvió sus programas hacia una incipiente tentativa de catequización ideológica, lo cual desvirtuaba de raíz el proyecto. Sigo pensando que, en sus términos iniciales, sería de suma importancia para la Facultad el fortalecimiento y la expansión de un centro de esta índole. Además de su función académica, profesional y de apertura del mercado de trabajo para los egresados de Ciencias Políticas y Sociales, serviría para allegarles recursos adicionales y para sostener la identidad de los egresados con la institución que los formó profesionalmente. Sería también un ámbito de encuentro con los profesores que les permitiría resolver el tentador

complejo representado por “la torre de marfil”.

D.T. ¿Qué papel desempeñó la Facultad al interior de la UNAM y que relaciones mantenía con otras Facultades y con la Rectoría?

A.D. Como decía yo al principio, en mi generación, desde que éramos estudiantes, nos sentíamos parte integral de la entonces Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales y de la UNAM en su conjunto. En mi caso personal, siendo muy joven tuve la oportunidad de conocer a la Universidad desde dentro. De 1964 a 1966 formé parte del Consejo de Redacción de Radio Universidad, junto con Víctor Flores Olea, Ramón Xirau, José María Sbert y Alberto Dallal. A principios de 1967, siendo rector Javier Barros Sierra, el entonces Secretario General, profesor eminente de nuestra Facultad, Fernando Solana Morales, me invitó a organizar un Departamento Técnico de Estudios Universitarios, antecedente del actual Centro del mismo nombre. Ello me permitió conocer la complejidad, la unidad en la diversidad, de nuestra UNAM. A partir de 1970 me integré de lleno a las actividades de la Facultad, cuando el entonces director, Víctor Flores Olea, me solicitó organizar el Centro de Estudios de la Comunicación, como su coordinador-fundador.

Habiéndolo conocido desde que era un investigador muy destacado y brillante del ahora Instituto de Investigaciones Biomédicas, mi comunicación con el rector Guillermo Soberón fue siempre sencilla y directa. Al asumir la Dirección fui designado por el H. Consejo Universitario como titular de la Secretaría de la Comisión de Trabajo Académico de la UNAM, lo cual permitió lograr una extensión y una mayor presencia universitarias de las experiencias de la Facultad, así como recuperar para nuestra institución las visiones globales de este “corazón académico” en el que se consideran, analizan y dictaminan todos los proyectos académicos de las diversas facultades y escuelas universitarias. El hecho de que Guillermo Soberón rigiese el Colegio de Directores con el mismo estilo de participación amplia y abierta que prevalecía en la dirección colegiada de la Facultad facilitaba mucho el encuentro y la comunicación. No puedo menos que reconocer que durante esos dos primeros años de mi gestión hubo un respeto absoluto y un apoyo consistente por parte de la rectoría hacia la creación y fortalecimiento de los espacios democráticos en la Facultad, así como a su representación institucional en el ámbito universitario.

D.T. ¿Enfrentó usted alguna dificultad interna de otro tipo?

A.D. En los dos años y medio que transcurrieron del 9 de marzo de 1979, fecha en que fui designado director por la Junta de Gobierno de la UNAM, hasta el 9 de septiembre de 1981, día en que presenté a ese órgano colegiado mi renuncia, por razones explícitas y públicas, en

ninguna ocasión tuvimos conflicto alguno entre la dirección colegiada, los profesores, los alumnos y los trabajadores de la Facultad. Todas las divergencias se dilucidaron de manera abierta y por medio de la discusión y la argumentación razonada. Los acuerdos se tomaron por consenso. El clima que privó en el Consejo Técnico fue de trabajo, participación y colaboración muy activos. La frecuencia, la extensión y la intensidad de las reuniones de esta máxima autoridad académica de la Facultad llegó a ser, por ello mismo, muy agradable.

Los conflictos sólo se dieron por la confusión entre intereses partidistas y responsabilidades universitarias. Y estos conflictos únicamente afectaron a autoridades y a funcionarios de la Facultad. Considero que hubo una intolerancia a la organización democrática representada por la dirección colegiada. Esta intolerancia comenzó a expresarse en incipientes procesos oportunistas de ocultamiento consciente de intereses sectarios, aprovechando y manipulando la coyuntura del cambio de autoridades universitarias a nivel central.

Respeto irrestricto a la libertad de cátedra

D.T. ¿Interfirieron esos estilos de ocultamiento en la docencia, en el salón de clases?

A.D. No lo sé porque la actitud de la casi totalidad de los profesores integrantes de la dirección colegiada fue de respeto irrestricto a la libertad de cátedra. Nunca ninguno de nosotros manejó lo que se llama información política confidencial. Esta información clandestina, desde mi perspectiva, vulnera y afecta de raíz a la docencia, a la investigación y a la difusión cultural, que son, por esencia, actividades públicas, expresas, manifiestas, abiertas a la discusión. Quiero suponer que no se llegó a hacer proselitismo en las clases porque, de lo contrario, tendríamos que hablar de deslealtad hacia los fines de nuestra Institución. Afortunadamente, para mi autoconfianza universitaria, no tengo elementos para afirmar que en la Facultad se ha dado este fenómeno extremo de descomposición.

D.T. Decía usted que durante su gestión el Consejo Técnico abordó el asunto de las “opciones vocacionales”. ¿Cuál era el sentido y el alcance de estas opciones?

A.D. La idea surgió de una propuesta de Víctor Flores Olea al término de su dirección, cuando en los últimos meses antes de renunciar, varios profesores recogimos, junto con él, el punto de vista de profesores y alumnos de la Facultad acerca de la integración de un tronco común para el conjunto de las especialidades, una serie de materias básicas

para el conjunto de las especialidades, una serie de materias básicas para cada carrera y un grupo de asignaturas que en los últimos semestres vinculaban ya al alumno con las alternativas específicas del mercado de trabajo profesional. Estas y otras ideas que se recogieron en un largo proceso de discusión con las comisiones (a mí me tocó participar en la representación de los profesores de Ciencias de la Comunicación), condujeron a la concreción del plan de estudios hoy vigente. Las opciones vocacionales siempre se consideraron como una propuesta para que los alumnos organizaran sus materias optativas con un propósito unitario de especialización: eran algo así como una tarea de orientación profesional. Tienen también la ventaja de agrupar a los profesores según su área de interés, lo cual permitiría que junto con cada una de las materias de la formación básica y con las sub-áreas de las materias básicas de cada especialidad, se integrasen espacios académicos de articulación entre la docencia, la investigación y la extensión universitaria.

Recuento de un bienio

D.T. ¿Qué experiencias globales le parecen importantes de su paso por la Dirección?

A.D. Sobre todo el convivir dentro de una comunidad auténtica, de una unión abierta, cambiante. Se discutían los problemas y las ideas con claridad y en un lenguaje directo. Se demostró que si no se permite el envenenamiento de la hipocresía clandestina de alguna secta emboscada, siempre en busca de alianzas con sectas similares de la extrema derecha, entonces el debate intelectual es lo más rico y favorable que puede existir para el enriquecimiento de la docencia y para el proceso de elevación y de maduración de la vida académica.

A diferencia de lo que difunden todavía algunos voceros de la nostalgia y del prejuicio, la experiencia vivida en aquellos largos e intensos días de trabajo dentro de la comunidad me demostró que los estudiantes, profesores y trabajadores de la Facultad son profundamente universitarios y que sólo son conflictivos cuando deben serlo, cuando no se les escucha o cuando se falta al respeto de la Institución. Todos ellos han mostrado su cariño hacia la Facultad y una capacidad siempre rica y abierta a la convocatoria académica e intelectual. Nunca olvidaré la presencia multitudinaria de públicos inteligentes y atentos en los cursos de extensión universitaria que organizamos. Aprendí que la Universidad es más ella misma cuando se abre a la mutación en los debates sin restricciones. En dos años logramos observar el más alto nivel

de las expresiones públicas de los profesores y de los representantes de los estudiantes y de los trabajadores.

Corroboré, finalmente, lo que he pensado desde mi época de estudiante: la vida intelectual y la política (o la administración) son irreconciliables entre sí. El intelectual se dedica a constituir un campo de verdad de manera apasionada. Pone su pasión al servicio de la razón. En cambio, la política de poder, como quiera que se la considere, siempre busca ampliar el campo de la dominación. Y no podemos comprender a quienes nos dominan o a los que dominamos. Y la comprensión es el único sentido que mueve y jalona la razón apasionada del profesor, del escritor, del intelectual, del investigador. Y cuando esta comprensión es mutua en la relación cotidiana con los estudiantes y entre los profesores, es cuando la Universidad aparece ante nosotros y cada vez más, conforme nos hacemos viejos, como lo mejor que nos ha pasado y que nos podrá pasar, como lo mejor de cada quien, porque le permite cambiar a la vez que lo obliga a seguir siendo él mismo.